

SAN FRANCISCO DE ASÍS

Tránsito

*«Yo he cumplido
mi tarea.
Cristo os enseñe
la vuestra».*



**HERMANAS CLARISAS
Ávila**

Tránsito de San Francisco

MONICIÓN

La oración de vísperas tiene esta tarde el tono de un gran gozo, y el contrapunto apacible de una vida que se escapa hacia la verdadera vida, no en la tristeza y la melancolía de lo que acaba, sino en la esperanza y la luminosidad de lo nuevo, de lo que comienza, de lo eterno.

La pascua de Francisco de Asís, su paso al Padre, tuvo su comienzo en el monte Alverna. Desde entonces podía decir con verdad: «*Vivo yo, mas no soy yo; es Cristo quien vive en mí*».

Hoy, junto a Santa María de los Ángeles, Francisco puede decir: «*Todo se ha cumplido. Padre, en tus manos me entrego. Recibe mi espíritu*».

Conmemoramos los últimos momentos de Francisco en la tierra. En estas primeras vísperas de su fiesta, vamos a cantar las alabanzas del Señor como él nos enseñó: con un corazón purificado, donde nada pueda estorbar al Espíritu del Señor y su santa operación.

LECTORA 1

Es el otoño de 1226. Francisco, herido de muerte, sin fuerzas y casi ciego, conoce que la hora de su «pascua» ha llegado. Veinte años de su vida han pasado desde que se decidió a seguir la llamada del Señor.

Veinte años viviendo contra viento y marea, en el seno de la Iglesia «*según el santo evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, en altísima pobreza*».

Una vida radical y apasionada en un amor totalizante que ha subido hacia Dios y se ha extendido a los hombres y a las criaturas todas como la llama que prende en un bosque.

LECTORA 2

En sus largas horas de enfermo, lejos de su ciudad, Francisco vuelve los ojos atrás en una mirada agradecida.

La voz misteriosa de lo Apulia, el beso al leproso... la desnudez ante el Obispo y el pueblo de Asís... La voz del Crucificado en la ermita de San Damián..., la Porciúncula con los brazos abiertos de la Madre de Cristo, la Virgen pobre y humilde de Belén y del Calvario... La hermana Clara, la que supo comprender la vocación franciscana mejor que nadie; la que supo ayudarle

a descubrir de nuevo la luz en medio de las tinieblas de los días desgarradores de su «noche»... y tantos hermanos, y la multitud que le sigue... *«No sólo para ti, hermano... también para los demás...»*

Francisco sigue reviviendo recuerdos: la Regla y vida... sumiso y obediente a la Santa Iglesia... *«El señor Papa me la aprobó».*

LECTORA 1

Vivir el santo evangelio en verdadera pobreza... Los «menores»...

El pensamiento de Francisco vuela a Santa María de los Ángeles, la pequeña casita, la Porciúncula, el único lugar del que Francisco mandó a los hermanos que no se marchasen nunca: *«Si os echan por una puerta, entrad por la otra».* Cuna y hogar de Francisco, y sus hermanos, de la hermana Clara... Santa María de los Ángeles...

LECTORA 2

Ahora, cuando sus días están contados, cuando más que nunca Francisco se abandona al amor de Dios y vive intensamente la simplicidad del pobre y del hijo que se sabe amado del Padre, siente el deseo de volver a la Porciúncula y despedirse allí de sus hermanos en la casa bendita de Santa María de los Ángeles.

Y emprenden el camino por aquellos campos donde quedaron jirones de su vida y en los que resuenan aún las alabanzas divinas de los juglares de Dios.

A mitad de camino, pide que le vuelvan de cara a la ciudad de Asís, su ciudad, escenario vivo de su vida alegre y despreocupada, de su conversión, de su aventura a lo divino. Y la bendice agradecido a sus incompresiones y a sus bondades; y pide para ella la protección y la ayuda de Dios.

LECTORA 1

En Santa María de los Ángeles Francisco se encuentra en su casa, fray Elías y los demás hermanos son como sombras humildes y silenciosas, sobrecogidos de dolor ante la inminencia de la separación.

En el alma del Padre hay raudales de amor en esta hora suprema. Toda la amargura de su «noche», todo el dolor de unos hermanos que por buscar lo mejor, están a punto de olvidar lo verdadero, de interpretar mal su ideal evangélico, todo, se ha diluido en el mar inmenso de su amor al Cristo Pascual, al

Padre de las misericordias, al Espíritu Santo, alma de su proyecto de vida, a la Virgen Madre en cuyos brazos nació y cuyos brazos ha buscado para exhalar el último suspiro.

LECTORA 2

Hay una paz armoniosa en la tarde. Todo canta para el hermano Francisco. El hermano sol, al llegar al final de su carrera, lo tiñe todo de fuego, cambiando la faz de la tierra. El hermano sol de su canto, que resuena en los campos silenciosos...

LECTORA 1

Cristo crucificado, el Cristo de la Pascua, por cuyo amor tantas lágrimas derramó Francisco; el Cristo del monte Alverna, marcándole a fuego con dolor y gozo, en un milagro de amor transformante; el Cristo doliente y glorioso, el Señor de la gloria, cuya cercanía, en virtud de la vehemencia del amor, hace más dolorosa la ausencia, arranca del alma de Francisco una súplica ardiente y confiada que expresa con las palabras del salmo 141:

A voz en grito clamo al Señor,
a voz en grito suplico al Señor;
desahogo ante El mis afanes,
expongo ante El mi angustia,
mientras me va faltando el aliento.

Pero tú conoces mis senderos,
y que en el camino por donde avanzo
me han escondido una trampa.

Mira a la derecha, fíjate:
nadie me hace caso;
no tengo adónde huir,
nadie mira por mi vida.

A ti grito, Señor;
te digo: "Tú eres mi refugio
y mi lote en el país de la vida".

Atiende a mis clamores,
que estoy agotado;
líbrame de mis perseguidores,
que son más fuertes que yo.

Sácame de la prisión,
y daré gracias a tu nombre:
me rodearán los justos
cuando me devuelvas tu favor.

LECTORA 2

Llamados por Francisco los hermanos se acercan. Sus ojos ciegos no les ven, pero su corazón los siente y los ama; quiere tenerlos cerca en aquella hora suprema, como cuando al calor del fuego en el invierno y en la umbría del bosque en el verano les enseñaba a amar a Dios y cantaban las alabanzas divinas.

Sólo dos palabras salen de su boca en esta hora solemne: fidelidad a la vida según el santo evangelio y a la altísima pobreza. Gozo de ser pobres y sentirse, por ello, amados del Señor.

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre:
de la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra?

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,

para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo;
a la estéril le da un puesto en la casa,
como madre feliz de hijos. (*Salmo 112*)

LECTORA 1

La tarde va cayendo y la vida de Francisco se apaga, como el sol tras la cumbre de las montañas. Ha pedido que le dejen morir desnudo sobre la tierra. Acepta un hábito de limosna y quiere que su última lección a sus hermanos, la dé el mismo Jesucristo por medio del evangelio de san Juan.

PROCLAMACIÓN DEL EVANGELIO (Jn. 13,1-5.12-17.33-35)

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido.

Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?

Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

«En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que le envía. «Sabiendo esto, dichosos seréis si lo cumplís.

«Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis, y, lo mismo que les dije a los judíos, que adonde yo voy, vosotros no podéis venir, os digo también ahora a vosotros.

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros.

En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.»

LECTORA 1

Vivamente emocionado, Francisco entonó el Cántico de los Filipenses y los hermanos unieron sus voces a la de Francisco.

Tened los mismos sentimientos de Cristo.
Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre. (*Flp 2, 5-11*)

LECTORA 2

Francisco sabe que, cuando él muera, es vital que el espíritu fraterno mantenga unidos a los hermanos a través del tiempo y de la distancia y se estremezcan de gozo cuando se reúnan en cualquier parte del mundo.

Pide un pan y en un gesto profético, con amor y sencillez, los va repartiendo entre sus hermanos: es el pan de la unidad. Luego, con los brazos cruzados bendice a todos los que en el lugar de Santa María de los Ángeles, fueron consagrados al Señor.

LECTORA 1

En el corazón de Francisco resuena un nombre que evoca una cascada de luz en su vida: Clara. Su pequeña planta, la hermana que le comprendió cuando todos se burlaban de él; la que quiso hacer posible la vida según el santo evangelio y la altísima pobreza para un puñado de mujeres encerradas en

una pobre ermita. Clara, la que guardará el fuego del ideal de Francisco y sabrá poner en alto la llama de una vida pobre de bienes materiales, pero fuerte y consecuente con la forma de vida que del hermano Francisco había recibido. Francisco recuerda aquellas palabras que un día escribió para ellas...



«Escuchad, pobrecillas, por el Señor llamadas,
que de muchas partes y provincias habéis sido congregadas:
vivid siempre en la verdad,
que en obediencia muráis.

No miréis a la vida de fuera,
porque la del espíritu es mejor.
Yo os ruego con gran amor
que utilicéis con discreción de las limosnas que os dé el Señor.

Las que están enfermedas
y las otras que por ellas se fatigan,
unas y otras soportadlo todo en paz,
porque muy cara vendéis esta fatiga,
pues cada una será reina en el cielo
coronada con la Virgen María.

LECTORA 2

Francisco no quiere que lloren por él: sólo que vivan con gozo el santo evangelio y la altísima pobreza.

En un cielo sereno brillan las primeras estrellas... Francisco se muere tendido sobre la dura tierra, con un hábito recibido de limosna cubriendo su pobre cuerpo. Una última palabra: «*Yo he cumplido mi tarea. Cristo os enseñe la vuestra*».

La paz y el bien se extienden sobre la tierra. Todo calla en la noche.

CANTO: «Tú eres el Bien»

LECTORA 3

Cuando mañana nazca el sol
y la tierra despierte del sueño de la noche;
cuando las flores abran sus hojas
y los pájaros canten al día;
cuando la brisa acaricie los álamos
y la canción del río salte entre las rocas;
cuando los animales dejen sus guaridas
y el hombre acuda a sus faenas;
cuando el calor de los trópicos
y el frío de las regiones polares
configuren los climas en la tierra;
cuando toda la creación cante,
echarán de menos al hermano Francisco,
al hermano universal, que desde los brazos amorosos
de Santa María de los Ángeles
emprendió su último vuelo
hacia los brazos del Padre
dejando en la tierra un sendero de alegría.

En alabanza de Cristo bendito y de la Virgen María su Madre, la «pobrecita Virgen que nos dio al Hijo de Dios, lo envolvió en pañales y le acostó en el pesebre».